

Índice

Prólogo.....	v
Introducción	1
El Llamado Continuo a la Hospitalidad en Medio de la Diversidad	1
¿Por qué debemos aceptar el Reto de la Liturgia Multicultural?.....	3
La Meta Básica de esta Guía	4
Parte I, Principios Generales para Fomentar el Culto de una Comunidad Multicultural.....	5
Sensibilidad a la Naturaleza Dinámica de la Cultura Humana.....	5
La Liturgia Multilingüe, Multicultural o Intercultural	6
Elementos Culturales no Verbales.....	7
Frecuencia de las Celebraciones Multiculturales	8
Preparación de una Liturgia Multicultural: Proceso sobre Producto	9
Desarrollo de una Espiritualidad Intercultural	9
Parte II, Principios para los Lenguajes Litúrgicos.....	11
Ministerios Litúrgicos.....	11
Comunicación Verbal	11
<i>Criterio para la Proclamación Verbal.....</i>	<i>11</i>
<i>Determinación del Idioma Principal (Base) de la Asamblea</i>	<i>12</i>
<i>Estrategia de Proclamación</i>	<i>12</i>
<i>Impresión de Traducciones y Guías Litúrgicas y Musicales.....</i>	<i>12</i>
<i>El Número de Lecturas</i>	<i>13</i>
<i>La Homilía</i>	<i>13</i>
<i>La Plegaria Universal.....</i>	<i>14</i>
<i>Proclamación del Eucologio (Textos de las Oraciones).....</i>	<i>14</i>
Uso del Latín	15
Música.....	16
<i>Desarrollo de Relaciones entre los Ministros de Música</i>	<i>16</i>
<i>Estrategias Pastorales para Escoger la Música</i>	<i>17</i>
<i>El Lente Siempre Cambiante de la Composición Musical Intercultural.....</i>	<i>19</i>
Silencio.....	19
Postura, Gestos, Movimiento	19
Arte y Ambientación	21
<i>Arquitectura</i>	<i>21</i>
<i>Arte.....</i>	<i>22</i>
<i>Arte Permanente y Temporal.....</i>	<i>22</i>
<i>Vestidura</i>	<i>23</i>
<i>Áreas para Devociones Particulares</i>	<i>23</i>
<i>El Año Litúrgico y las Prácticas Religiosas Populares.....</i>	<i>24</i>
Colaboración con Clérigos Internacionales	25
Conclusión	26

Introducción

El Llamado Continuo a la Hospitalidad en Medio de la Diversidad

Los resultados del reciente censo de los Estados Unidos confirman lo que ya sabemos por experiencia: la composición de nuestro país y de la Iglesia en los Estados Unidos están cambiando. La inmigración proveniente de América Latina, Asia, las Islas del Pacífico y África ha agregado riqueza y vitalidad a la sociedad estadounidense. También ha creado tensiones y malos entendidos en el proceso en que estos recién llegados, en busca de la libertad y oportunidad económica que todos nosotros disfrutamos, se adaptan a su nuevo país y pasan a ser parte integral de nuestras comunidades. En algunos casos, la presencia de nuevos inmigrantes es obvia. En nuestras ciudades más grandes, vecindarios completos han cambiado su composición étnica en el transcurso de algunos años. En otras áreas, especialmente en los suburbios y áreas rurales, la presencia de los recién llegados es menos notoria y en ocasiones los miembros de la comunidad mayoritaria ni siquiera la reconocen. Aun así es importante que el resto de la comunidad sea sensible a esta nueva presencia—en toda su riqueza y con sus necesidades peculiares.

Puesto que un porcentaje considerable de estos nuevos inmigrantes son católicos y acuden a la Iglesia en busca de una buena acogida y una manera de mantener los profundos valores culturales que están tan entrelazados con su fe en Cristo, su presencia en las parroquias católicas en todos los Estados Unidos plantea desafíos para el ministerio. Hace diez años, los obispos católicos de los Estados Unidos nos describieron bien la situación.

La presencia de tantas personas de tantas diferentes culturas y religiones en tantas diferentes partes de Estados Unidos nos ha planteado como Iglesia el desafío de una profunda conversión de modo que podamos verdaderamente llegar a ser un sacramento de unidad. Rechazamos la postura antiinmigracionista que se ha hecho popular en diferentes partes de nuestro país, y el nativismo, etnocentrismo y racismo que siguen reafirmandose en nuestras comunidades.¹

La Iglesia es llamada continuamente a manifestar su unidad en Cristo. Esta no es simplemente una opción para quienes tienen un interés en diferentes costumbres y lenguas. Más bien, es un aspecto intrínseco de lo que significa ser católico cristiano en el siglo veintiuno. Al igual que la Iglesia en los Estados Unidos desarrolló diferentes maneras de acoger a previas generaciones de inmigrantes que vinieron a este país en los siglos diecinueve y veinte, así, hoy en día, somos llamados a hacer lo mismo.

El Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes en su memorable documento, “La Caridad de Cristo Hacia los Emigrantes”, recalca que este llamado a acoger a personas de otras culturas es un ministerio mundial de la Iglesia. Es también una práctica pastoral de la Iglesia que se ha manifestado desde su fundación y se considera parte esencial de vivir el Evangelio.

La acogida al extranjero, que caracteriza a la Iglesia naciente, es, pues, sello perenne de la Iglesia de Dios. Por otro lado está marcada por una vocación al exilio, a la diáspora, a la dispersión entre las culturas y las etnias, sin identificarse nunca completamente con ninguna de ellas; de lo contrario, dejaría de ser, precisamente, primicia y signo, fermento y profecía del Reino universal, y comunidad que acoge a todo ser humano sin

¹ Comité de Migración de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, *Acogiendo al Forastero entre Nosotros: Unidad en la Diversidad* (Washington, DC: United States Conference of Catholic Bishops [USCCB], 2001), 2

preferencias de personas ni de pueblos. La acogida al extranjero es inherente, por tanto, a la naturaleza misma de la Iglesia y testimonia su fidelidad al Evangelio.²

En los Estados Unidos, una de las maneras más comunes en que la Iglesia Católica acogió a los inmigrantes fue estableciendo parroquias nacionales. Los vestigios de estas parroquias aún perduran en muchas de nuestras grandes ciudades, donde en un radio de dos o tres cuadras uno puede a menudo encontrar todavía una variedad de iglesias y escuelas construidas para servir las necesidades de los inmigrantes provenientes de Alemania, Irlanda o Italia que vivían en el vecindario. Actualmente, las parroquias nacionales han desaparecido en su mayoría debido a que los originales grupos nacionales que las construyeron se dispersaron para integrarse a la sociedad mayoritaria norteamericana. Los nuevos inmigrantes, debido a las diferentes configuraciones de vivienda ocasionadas por la movilidad y el hecho de que muchos no traen con ellos a sus propios clérigos de sus países de origen, no pueden ya acudir a las parroquias particularmente “nacionales” como la solución al servicio pastoral. Más bien, la parroquia que contiene uno o más grupos culturales se está convirtiendo constantemente en la norma, aun en las áreas más remotas del país. Con la continua disminución en el número de sacerdotes en comparación con la población católica y la continua consolidación de parroquias que están haciendo las diócesis, agrupando asambleas con una mayor diversidad, la experiencia de celebrar la liturgia con personas de otras culturas es cada día más común.

Es también importante tener en cuenta que hay grupos culturales en los Estados Unidos que también forman parte de nuestra comunidad católica nacional pero que no son inmigrantes recientes.

El grupo más obvio en esta categoría son los primeros habitantes de esta nación—los nativos americanos—cuya cultura y lengua se vieron amenazadas a menudo por los colonizadores europeos y después por los colonos americanos durante la expansión hacia el oeste de los Estados Unidos. También presentes están nuestros hermanos y hermanas afroamericanos, muchos de los cuales han sido católicos por generaciones—especialmente en Louisiana y el área metropolitana de Washington, D.C.—y quienes han conservado la fe a pesar del racismo y rechazo por parte de una gran mayoría de la cultura circundante, tanto secular como católica. Aunque la presencia hispana/latina en algunas partes del país a menudo se considera un fenómeno reciente, sirve también recordar que partes extensas del suroeste de los Estados Unidos al igual que California fueron primeramente ocupadas por personas provenientes de España, y posteriormente, México, mucho antes que las colonias inglesas declararan su independencia de Gran Bretaña. Los nuevos inmigrantes en esta parte del país realmente no son los hispanos sino los colonos euroamericanos que llegaron al oeste con la expansión de los Estados Unidos hacia la Costa del Pacífico.

Finalmente, sirve mencionar que mientras que esta *Guía* trata específicamente con reunir a grupos de diferentes culturas en una oración común, los ministros y quienes conducen actividades o devociones litúrgicas necesitan ser sensibles a otras posibles causas de división en la comunidad. Estas incluyen la exclusión o falta de acogida de segmentos completos de la parroquia tales como los económicamente pobres, los que tienen una discapacidad de desarrollo y quienes tienen un impedimento físico, al igual que quienes a menudo se hallan “en los márgenes” de la vida parroquial—jóvenes, mujeres, solteros, católicos homosexuales y lesbianas. Los métodos para incluir a estos miembros de la comunidad parroquial deben ser causa de reflexión pastoral, especialmente para los encargados de preparar la oración de la comunidad.

² Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, Instrucción *Erga Migrantes Caritas Christi* (La caridad de Cristo hacia los emigrantes,” (Ciudad del Vaticano, 2004), no. 22, se encuentra en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/migrants/documents/rc_pc_migrants_doc_20040514_erga-migrantes-caritas-christi_en.html.

El documento de los Obispos de los Estados Unidos, *Fulfilled in Your Hearing*, describe bien el desafío de nuestras asambleas con una diversidad.

La asamblea eucarística que se reúne domingo tras domingo es un fenómeno rico y complejo. Aun en las parroquias que tienen una mayor uniformidad en su historial étnico, social o económico, existe una gran diversidad: hombres y mujeres, jóvenes y de mayor edad, los éxitos y los fracasos, los alegres y los desolados, los fervorosos y los indiferentes, los fuertes y los débiles.³

Aunque es un desafío, nuestras parroquias deben acoger dicha diversidad. Ésta no sólo refleja nuestra realidad social, sino que representa la atmósfera en que Cristo nos llama a proclamar el Evangelio.

¿Por qué debemos aceptar el Reto de la Liturgia Multicultural?

Vivimos en una sociedad y en una Iglesia con una diversidad en aumento, y necesitamos enfrentar esta realidad puesto que no es algo momentáneo. La liturgia parroquial es un elemento clave que se ve afectado por la diversidad cultural. Esta *Guía* examinará varias respuestas al culto en una parroquia multicultural. Una posible respuesta, por supuesto, es ignorar la situación, mantener, en efecto, “parroquias” separadas que utilizan el mismo edificio pero que nunca se reúnen.

Una perspectiva basada en la separación cultural tiene la ventaja de permitir a los fieles que hagan “lo que siempre han hecho” y mitiga el sacrificio real necesario para que los diferentes grupos culturales se reúnan como miembros de la misma parroquia. Aunque esta sea tal vez la única solución práctica para una parroquia en particular en un momento específico, a la larga, somos llamados a preguntarnos, ¿es esto lo que nos dice el Evangelio? Aun si los grupos llegan a un acuerdo tipo “separados pero iguales” (a menudo raramente iguales), ¿concordaría esto con el reto que Cristo nos hizo de mirar más allá de nuestras propias limitaciones y prejuicios culturales a la universalidad del Reino de Dios? Como el Reverendo Martin Luther King, Jr., expresó en 1963, para la mayoría de los americanos, las once de la mañana del domingo era la hora más segregada de la semana. Tristemente, esto sigue siendo cierto casi cincuenta años después.⁴ Como lo hemos visto por los documentos publicados tanto por la Santa Sede como por los obispos de los Estados Unidos, como católicos, nuestra tradición nos invita a buscar una respuesta diferente.

Recientes tendencias en el ministerio parroquial y servicio pastoral han hecho también que el luchar por el ideal de la liturgia multicultural sea una necesidad más que simplemente “una buena idea”. La consolidación de parroquias en muchas partes del país acompañada por una continua escasez de sacerdotes ha conglomerado, cada vez más, asambleas con una diversidad cultural. Los líderes eclesiales, tanto a nivel diocesano como a nivel parroquial, están luchando como nunca antes para responder a las emergentes necesidades pastorales que no eran evidentes hace apenas diez años.

Una manera básica en que nosotros los católicos respondemos a este reto es en el contexto de la liturgia la cual es la “cumbre y fuente” de nuestra vida común en Cristo.⁵

³ Comité de Vida y Ministerio Sacerdotal de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, *Fulfilled in Your Hearing: The Homily in the Sunday Assembly [La Homilía en la Asamblea Dominical]* (Washington, DC: National Conference of Catholic Bishops [NCCB], 1982), no. 8, en *The Liturgy Documents: A Parish Resource*, Volume One, Fourth Edition, (TLD1) [los Documentos de la Liturgia: un Recurso Parroquial, Volumen Uno, Cuarta Edición (Chicago: Liturgy Training Publications, 2004), 399.

⁴ Vea Scott Williams, *Church Diversity: Sunday the Most Segregated Day of the Week* [Diversidad en la Iglesia: El Domingo, el Día Más Segregado de la Semana] (Green Forest, AR: New Leaf Press, 2011).

⁵ Concilio Euménico Vaticano Segundo, “Constitución sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*,” [CSL], no. 10, en *Los documentos litúrgicos: Un recurso pastoral* (Chicago: Liturgy Training Publications, 1997).

Pero se debe notar desde un principio que, “La sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia; pues para que los hombres puedan llegar a la Liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión. . . .”⁶

Ninguna liturgia, sin importar lo acogedora y participativa, puede sustituir a una perspectiva realmente intercultural del servicio pastoral en la parroquia en general; dicha hospitalidad debe moldear todos los niveles de la vida parroquial y no limitarse a las celebraciones litúrgicas. Si la única ocasión en que los varios miembros de una comunidad parroquial con una diversidad cultural se reúnen es en la liturgia, estas celebraciones corren el riesgo de ser inconexas y artificiales porque no reflejan la vida de la comunidad. Congruente con la referencia y principios mencionados arriba, esta *Guía* presupone que el ministerio litúrgico en una parroquia con una comunidad multicultural es sólo un aspecto del servicio pastoral en general y la hospitalidad que la parroquia y diócesis ofrecen a los diversos grupos culturales presentes en la comunidad. La Catequesis, el ministerio a los enfermos, la pastoral social, la educación de adultos al igual que otros servicios parroquiales y diocesanos son de suma importancia para ayudar a que la liturgia logre las nobles tareas que se le han delineado en nuestros documentos litúrgicos—especialmente en un contexto multicultural. En estos términos, la interacción y colaboración adicional entre los diferentes grupos en la parroquia sirve como el contexto indispensable para una liturgia multicultural, haciendo de la oración común una parte natural de la vida parroquial.

La Meta Básica de esta Guía

Aunque esta *Guía* trata con la compleja cuestión de la relación entre la cultura y la expresión de la fe, se debe entender desde un principio que la meta de la liturgia multicultural no es celebrar la diversidad cultural. Como con todas las celebraciones litúrgicas cristianas, la meta de estas celebraciones es celebrar lo que Dios ha hecho por nosotros en Jesucristo, y lo que Dios sigue haciendo por toda la humanidad por, con y en el Hijo que sufrió, murió y resucitó por nuestra salvación. Por su naturaleza misma, la liturgia celebra nuestra identidad común en Cristo como católicos romanos—una identidad que fluye de nuestro bautismo común. Los católicos cristianos del Rito Romano celebran la liturgia en una tradición litúrgica que ha sido influenciada por muchos periodos históricos y culturas que han proclamado y vivido la Buena Nueva de Jesucristo. Es importante reconocer que la tradición litúrgica que hemos heredado no es en sí culturalmente neutral. Sin embargo, es decisivo que todos los involucrados en la preparación de una liturgia multicultural entiendan que la más insigne meta al planear dichas celebraciones es ayudar a una asamblea de diversas culturas a encontrar su unidad en Cristo antes que solamente exhibir las diferencias culturales.

En la preparación de las celebraciones multiculturales, el espíritu de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano Segundo debe ser siempre la guía máxima. Su “punto principal”, como lo indicó el Papa Pablo VI, era promover la “participación, plena, conciente y activa” de los fieles en la acción litúrgica.⁷ Se debe invitar y permitir a todos los presentes que tomen parte en la celebración, para que sientan que “son parte” y miembros respetados de la asamblea a pesar de las diferencias de lengua, cultura, posición económica o nivel educativo. Esta invitación tiene que ver con la hospitalidad que somos llamados a mostrarnos los unos a los otros en Cristo y que ayuda a embellecer nuestra oración litúrgica.

⁶ CSL, no. 9.

⁷ “La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, conciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, ‘linaje escogido sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido’ (1 Pe., 2,9; cf. 2,4-5).” CSL, no. 14. Vea también Papa Pablo VI, “Il «Decálogo» per il nostro colloquio con Dio,” (Discurso a una audiencia general, 22 de agosto 1973): *Notitiae* 9 (1973) 297-300; Mark R. Francis, “Liturgical Participation of God’s People,” in *With One Voice: Translation and Implementation of the Third Edition of the Roman Missal [La Participación Litúrgica del Pueblo de Dios]*, en *Con Una Voz; Traducción e Implementación de la Tercera Edición del Misal Romano* (Washington, DC: Federación de Comisiones Litúrgicas Diocesanas [FDLC], 2010), 55-86.